



8.8. El miedo en el espejo

Juan Villoro

Candaya, Barcelona, 2011,
110 pp.

¿Puede una obra tan breve e inclasificable como la crónica *8.8: El miedo en el espejo* captar el aire de los tiempos de lo que ya muchos consideran el fin de una era, la nuestra, especialmente convulsa? El mexicano Juan Villoro vuelve a salir airoso de ese reto —hay quien lo ha llamado, con razón, malabarista— en un singularísimo equilibrio entre rigor artístico y amenidad teñida de ironía. Este libro es, en esencia, una insólita, en absoluto trágica visión contemporánea de lo apocalíptico que parte de un suceso concreto para trascenderlo desde una mirada compleja y melancólica, eludiendo milagrosamente la solemnidad metafísica.

8.8: El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto de Chile se centra en recuerdos personales asociados al seísmo del título, ocurrido durante la madrugada del 27 de febrero de 2010, y que atrapó casualmente a Villoro, presente en aquel país con el fin de asistir

al Congreso Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil. No era el primer seísmo que vivía el escritor y, de vuelta a México, decidió redactar una crónica —como modestamente ha subtitulado el libro— que plasmara sus impresiones en ese momento crucial y, sobre todo, en el accidentado desarrollo de las jornadas posteriores al suceso. Sin embargo, esa urgencia testimonial es una falacia, porque nos hallamos ante un texto de extensión limitada —apenas unas cien páginas— pero que, una vez más, supera con creces cualquier etiqueta genérica. Villoro controla con maestría el material que tiene entre manos y, además del relato del suceso concreto —que se concentra en un escueto capítulo—, contamina lo periodístico, mezclando fábula, narración, cuento, ensayo y autobiografía. No duda tampoco en incorporar diálogos en sms, reflexiones de talante filosófico, citas y referencias tanto de la «alta cultura» como de la «cultura de masas», con el desparpajo que sólo puede provenir de una inventiva en entera libertad, mientras pasa elegantemente de un código a otro, sin ocultar las transiciones, aunque ello suponga transcribir fragmentos en distinto formato tipográfico y en cursiva, que rompen la aparente homogeneidad discursiva. Su pretexto es premeditadamente sencillo: exorcizar los demonios de un miedo ancestral en un ensayo caleidoscópico, donde cada capítulo es independiente, ostenta un título definitorio y se podría decir que vida propia, a partir del principio estructural de que la realidad del terremoto

parece determinar un relato cosido a pedazos. Sin embargo, no nos engañemos, ese puzzle acaba cuadrando de manera rotunda, puesto que su tendencia al excursu y a la elucubración –un auténtico «fluir de conciencia», en palabras del autor– responde a un plan bien delineado, que funciona con sagacidad y autoconsciencia, marcas habituales del universo narrativo de Villoro.

Con todo, *8.8: El miedo en el espejo* aborda también otra perspectiva. El prólogo se abre con las palabras «Mi padre» –al que llama más adelante «un gigante en pijama»– y esa referencia casi freudiana es ya una declaración de principios. Parte de ahí un sustrato temático que proviene de la alusión al sueño, al cuento infantil –recordemos que ese era el motivo del congreso en el que participaba Villoro–, a los hermanos Grimm, a los miedos ancestrales y nocturnos donde Peter Pan –que da nombre a un síndrome muy significativo– y los pijamas se convierten en los indicios de que la crónica se va a ir ampliando hasta adquirir, desde una meditada ironía, derivas que nos llevan a cuestiones tales como el aprendizaje, la madurez, la familia, la identidad o el deseo, convirtiéndose en un *Bildungsroman* donde las réplicas de la vivencia traumática poseen una onda expansiva que trastoca cualquier certidumbre existencial. No en vano dice el propio Villoro, siguiendo a Giorgio Agamben en sus disquisiciones sobre el horror: «El cometido de la crónica (...) consiste en acercarse a lo que no puede ser

dicho», es decir, dar una visión de lo siniestro, de un vértigo abismal de claras resonancias psicoanalíticas.

Porque el narrador habla de sí mismo, no olvidemos que el título incluye la palabra «espejo». Y ese narrador se convierte a su vez en el personaje de una peculiar autoficción, un discreto Robinson Crusoe, tan desorientado como el Julio-Valdivieso de *El testigo*, los protagonistas de *Los culpables* o el Tony Góngora de la reciente *Arrecife*, un antihéroe posmoderno, náufrago en un Santiago de Chile prácticamente devastado, en un hotel en ruinas. La insistencia en la voz del «yo» y en ofrecer datos, reconstruyendo la memoria, consignando la veracidad de los hechos, no deja de ser otro espejismo, porque, en esta verbalización sobre los límites de la supervivencia, sobre la continuidad de la vida y la fatalidad, anida otra madura reflexión sobre cómo contar cuando ya todo está dicho.

Sin embargo, lo último que debe inferirse es que no se trata de un libro solipsista ni metafictivo. La literatura empapa las páginas a través de la aparición como personajes de un gran elenco de personas reales, la mayoría de ellas dedicadas directa o indirectamente al mundo de la edición y convocados en Chile por el mismo motivo que Villoro. Constan con nombre y apellidos, en una especie de protagonismo colectivo donde, en la mayoría de ocasiones, lo excepcional se convierte en cotidiano. Sus anécdotas particulares se constituyen en microrrelatos a los que deben sumarse otras historias intercaladas a la

manera cervantina, como la metafórica «ella duerme», transcrita sin mayúsculas. De todos modos, el punto máximo de esa fusión entre lo real y lo literario es el capítulo dedicado a *El terremoto en Chile* escrito por Heinrich von Kleist en 1807, que describe un imaginario cataclismo semejante al vivido por Villoro. La comparación de la trepidante trama amorosa de esta auténtica fábula moral con el trágico final del propio escritor alemán es una filigrana literaria. Aquí el narrador deviene un humilde narrador de historias ajenas, un ensayista que se limita a analizar límpidamente la ambigua tesis de la novela de von Kleist, mientras traza paralelismos con la biografía del escritor romántico y, al hilo de ambos relatos, medita sobre cuestiones como el destino y la mirada.

Y en relación a ello, en la crónica, lo especular también se manifiesta en la intertextualidad, es decir, a modo de un constante diálogo, partiendo de su propio pasado –Villoro rememora también su carrera literaria anterior–, tanto con Von Kleist como con una abundante nómina de referencias literarias que van desde el Pablo Neruda de los poemas que encabezan el libro, a Roberto Bolaño, Peter Handke, Albert Camus, Jacques Derrida, Michel Tournier, George Steiner, Paul Valéry, Ezra Pound, Saint-John Perse, etc. En claro contraste, yuxtapone sus habituales guiños cinematográficos eclécticos, muy del gusto del escritor, y cita a Almodóvar, *El ángel exterminador* de Luis Buñuel, a Indiana Jones o *La novicia rebelde*, título mexicano de *The Sound of Music*, otro film

kistch muy alejado de la seriedad de los dilemas morales que plantea la crónica.

Asimismo, Villoro opta por reproducir un fragmento del filósofo chileno Viveros Collyer, que justifica lo previamente dicho a la vez que nos da una de las claves del libro: «El mundo es lenguaje, libros, películas, música, también periódicos, televisión, lugares de trabajo y entretenimiento. No hay experiencias sino confirmación, espejos que nos reflejan lo que queremos que digan. Las teorías le ganan a la aventura; la repetición a las alucinaciones». La estrategia posmoderna de contraponer esa amalgama de alusiones no deja de sorprendernos en un libro que no peca de farragoso ni mucho menos de culturalista. Todo fluye con la naturalidad de una prosa clarísima, repleta de paradojas y frases epigramáticas, que flirtean constantemente con el humor, aunque inevitablemente se decanten por la melancolía en constante pugna con la ironía, único modo de acercamiento a ese Apocalipsis de siete minutos, hecho indiscutible y real y a la vez una metáfora de una precaria realidad ultratecnologizada y globalizada, en la que no hay certezas a las que aferrarse.

La pirueta final del epílogo, que enlaza con la excelente metáfora del prólogo, acaba por confirmarnos lo que ya intuíamos. Como siempre, Juan Villoro nos ha llevado de la mano hasta donde quería conducirnos: el desconcertante territorio donde la experiencia límite, el enfrentamiento con la nada, sólo se redime mediante la literatura.

ELENA SANTOS